

EL NOTICIERO DE MULA

SEMANARIO DE INTERESES AGRÍCOLAS, LITERATURA NOTICIAS Y ANUNCIOS.



Año IV.

3 de Abril de 1892

Núm. 155



SUSCRIPCION.

En Mula, 50 ctmos. al mes.—Fuera, 2 pesetas trimestre.—Pago anticipado.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

OLMEDO, 4.

ANUNCIOS.

Se reciben en la Administracion de este periódico.—La correspondencia al director

Jabones

DE LOS PRÍNCIPES DEL CONGO.

D. Agapito era filósofo, por convicción, primero; por necesidad, después.

Amaba á su hermosa Amelia con un amor tan sublime como poco práctico, pero él no sabía amar de otro modo.

El matrimonio, por lo tanto, estaba á cinco bajo cero.

No dudaba de su linda esposa, ni mucho menos temía la irregularidad mas mínima, pero estaba alerta, por lo que él decía; donde menos se piensa salta un tenorio.

Y ante esta terrible idea, se le ponían los cabellos de punta.

Sin embargo, tenía fé, y la fé es mucho.

Tranquilo, y desoso de emociones, dejadas cuales carecia, empezó á ver, primero con indiferencia, después con agrado, y últimamente con agrado, los repetidos anuncios y reclamos de los nunca bien ponderados JABONES DE LOS PRÍNCIPES DEL CONGO.

La cosa empezó á preocuparlo.

Como profundo filósofo y gran pensador, puso su caletro en prensa; acudió á la mas contundente de las lógicas, y planteó el problema, ganoso de encontrar la palabra del enigma.

La Revalenta arábica, ha obtenido fama universal entre los valetudinarios; el Aceite de bellotas, ha sido el oasis de los calvos; el agua de Loechos, limpia, fija y da esplendor; el Jarabe del Dr. Ayer, es el Jordán de las vías respiratorias; los... las...

Todo esto decía D. Agapito, pero, á renglon seguido, añadía:

La fama de que gozan estos medicamentos, y el constante bombo y anuncio que á ellos se dedica es lógico, muy lógico, pues se trata de la salud, y esto es importantísimo, pero ¿á qué viene tanto reclamo y anuncio al JABON DE LOS PRÍNCIPES DEL CONGO? ¿Puede esta mercancía sostener el coste de tanto anuncio y reclamo? ¿Es tan grande hoy la cosecha de los tontos?

Esto de los tontos lo debía decir por alguien.

Y para reforzar esta idea, compró el manual del jabonero á la alta creme, y se puso á estudiar los pros y las contras de la especulación, sin olvidar las naturales bajas por siniestros, más ó menos probables.

Aquellos minuciosos cálculos lo perturbaban tanto, que el buen hombre creyó perder el juicio.

Imposible!... imposible!... exclamaba de continuo. El negocio no puede soportar el gasto de los anuncios!

Y aferrado á esta idea, sacó por consecuencia que en los jabones mencionados se encerraba un misterio.

Pero... ¿cual será este misterio? decía sin cesar.

En esta lucha titánica, se pasaron dos meses con cola.

D. Agapito, tenía un amigo, que habia tenido la paciencia de coleccionar sucesos extraordinarios, mas ó menos auténticos, pero que él afirmaba bajo su honrada palabra, ser perfectamente históricos.

Y como es natural, D. Agapito recibió uno de los primeros ejemplares, ejemplar que fué leído en cuanto llegó á sus manos pecadoras.

Y en este libro fué donde el marido de Amelia creyó encontrar la X rebelde.

Leamos con él.

Mistris Raquel, que habia envenenado á su negra, á dos de sus cuñadas, y últimamente á su esposa, no usaba mas jabon que el de los PRÍNCIPES DEL CONGO.

Un famoso anarquista, que habia inventado una maquina explosiva, con el objeto de hacer volar la tierra, la luna y algunos otros astros de nuestro sistema planetario, era un activo propagandista de los incomparables jabones; un célebre ruso, nihilista de oficio, y redentor de la humanidad, al alto garrotazo, falsificaba los jabones Congo por amor al oficio; una artista coreográfica de nacionalidad italiana, tan diestra en el sublime arte, que sus admiradores aseguraban no tener rival en el talento de la pezuña, regaló en la noche de su beneficio, jabones de los Principes á todos los espectadores, lanzándolos á palcos y butacas, con puntapiés tan artísticos, que sus admiradores intentaron levantarle una estatua, cosa que no se llevó á cabo por no ofender la modestia de la artista pedestre.

Y por último, una sociedad secreta, cuyo lema era, *de cabeza todo lo que esta de pie*, para conocerse los afiliados, enseñaban un jabon de los de los Principes del Congo, llevándolo despues á la ventana izquierda de la nariz y luego al ojo derecho.

D. Agapito, al terminar la lectura de estos notables acontecimientos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó abismado en profundas meditaciones. Esto es!... exclamó de pronto, ¡dándose una palmada en la frente; ya dí con ello!

Y empezó á dar grandes paseos en su despacho, mas satisfecho que Napoleon 1.º despues de la batalla de Austerlitz.

Justo; repetía; estos jabones son la contraseña de alguna asociación tenebrosa, y esos anuncios y esos reclamos son las señales convenidas para sus tramas y reuniones.

Aquí esta la clave del enigma.

Por lo tanto, esta asociación, debe llamarse nihilista, criminal, anarquista, envenenadora, de los Principes del Congo.

Desde aquel dia, se dedicó á ofatear á su mujer.

Pero, esta no olía á Congo, y por lo tanto, quedó satisfecho; mas extendió la noticia entre sus amigos y conocidos, con el objeto de practicar una verdadera obra de caridad.

Satisfecho, casi ufano de su benéfica tarea, no se cambiaba por nadie, y creyendo á todo el mundo vulgo, se pavoneaba entre sus amigos, mirándolos por encima de hombro.

Cierta dia, en que estaba almorzando con su bella esposa, creyó percibir un tufillo que lo puso en cuidado.

Aquí huele, pensó, al jabon criminal.

Y dirigió las ventanas de su nariz en todas direcciones buscando al perturbador del orden social.

Y en los primeros que se fijó fué en los criados; pero, bien pronto se convenció de la inocencia de los tres.

El criado olía al betun de sus botas, la doncella á espliego y la cocinera á ajos.

Despues, dirigió su nariz exploradora á la bella Amelia, y aunque no convencido del todo, le pareció que el tufillo arrancaba de aquel lado.

Su frente se nubló, y sintió por todo el cuerpo un escalofrío.

¿Sería su esposa miembro de aquella asociación terrible? ¡Oh! Entonces, no estaba muy segura su cabeza.

Y ante esta aterradora idea, acarició su frente con el cariño que se acaricia aquello que se puede perder.

Observaré, penso, levantándose de la mesa y mirando con terror á su linda mitad.

Desde aquel dia, D. Agapito se convirtió en argos, en esbirro, en expía.

Pero, como nada notaba en Amelia, que le llamara la atención, empezó á recobrar la tranquilidad perdida.

Sin embargo, tembló por un primo segundo de la bella, que la visitaba muy á menudo, y que, como es natural, el esposo apreciaba mucho.

Hay que darle un aviso caritativo, pensó.

Y, en efecto, uno de los días en que entraba el primo, y como de costumbre se dirigía á las habitaciones de la prima, sir ocuparse de Agapito, este se colocó al paso, y le dijo por via de saludo: alerta, y mucho ojo!... desapareciendo á renglon seguido.

Arturo, que así se llamaba el pariente visitante, se alarmó un tanto ante aquello tan raro y anómalo, pero, despues de cambiar algunas palabras con la hermosa, saltó la mas estrepitosa de las carcajadas.

¿Te ries? decía entre tanto el marido, pues, tal vez, llores pronto. Ahora, mi conciencia está tranquila.

Pero, la caridad hizo que el esposo redobase la vigilancia.

Otro dia, en que su mujer estaba fuera de la casa, entró de puntillas en su tocador y se puso á registrarlo todo.